

Crónica

Mitos y realidades de la epidemia

Alfredo Ponce de León

La epidemia de influenza porcina ha generado muchas inquietudes. Hemos vivido, padecido, los efectos de esta emergencia. Y son los términos emergencia y epidemia los que nos preocupan y nos dan miedo; nos generan dudas y nos deben hacer reflexionar acerca de las situaciones a las que nos enfrentamos día a día en un mundo donde las distancias son cada vez más pequeñas y los microorganismos se comportan de manera cada vez menos habitual.

Los virus requieren de una célula viva para poder producir daño, no tienen vida propia; sin embargo, también en ocasiones pueden cambiar su estructura genética de tal manera que puedan "acomodarse" mejor a su hospedero. Tal es el caso del virus de la influenza en general, un virus al que le gusta "cambiar" tal vez porque quiere sobrevivir mejor,

tal vez porque parece estar más "cómodo" en otro huésped. La influenza porcina tiene como huésped intermediario al hombre y a las aves, y se le ha reconocido como causante de enfermedad de baja mortalidad en los cerdos. Ahora afectó al humano como huésped intermediario, pero con la peculiaridad de que se "habituó" al hombre de forma que generó casos secundarios por contacto entre personas. El virus que nos afecta sufrió una serie de mutaciones que no se habían encontrado, probablemente adquiridas por su paso por el mundo. De la biología se conoce poco, pero de sus consecuencias clínicas todos estamos siendo testigos.

¿Por qué se puede diseminar así un microorganismo? ¿La actuación de los gobiernos y entidades de salud a nivel mundial ha sido la adecuada? ¿Nos están diciendo la verdad? Si este germen es tan letal, ¿estaremos protegidos con sólo utilizar un cubrebocas y lavarnos las manos? Estas preguntas han sido formuladas muchas veces en los últimos días, tanto públicamente como en privado, y muchas veces gana la ignorancia sobre la razón.

La capacidad de diseminación de un microorganismo depende de muchos factores, unos intrínsecos al germen, otros que dependen del ambiente, del clima, de la humedad relativa y, desde luego, del hospedero y sus condiciones de vida y estado de salud previo. Es decir, son muchos los factores que favorecen o retrasan esta capacidad de diseminación. Y aunque parezca difícil de creer, los seres humanos y sus instituciones son en general capaces de limitar el enfrentamiento con estos gérmenes. Esto se lleva a cabo mediante la vigilancia epide-

miológica que debe ser inteligente: detectar prontamente la epidemia; en esta ocasión se logró reconocer que algo no estaba bien en el periodo estacional de la enfermedad llamada influenza.

La respuesta fue a tiempo y se tomaron las medidas necesarias lo mejor y antes posible. Se reconoció el problema aun cuando todavía no se podía decir el apellido: influenza sí, porcina no, y una variante mutada, menos. Esto se reconoció por la secuencia completa del virus hasta unas pocas horas antes del cierre de escuelas el jueves 23 de abril. Pero la llamada de alerta ya estaba dada y las precauciones ya estaban generadas, aun cuando no se conocía el complejo andamiaje del virus.

Las recomendaciones tomadas hasta el momento no son casualidad, no son con base en anécdotas; son realizadas a través de lineamientos establecidos por entidades sanitarias internacionales con la participación de muchos científicos y médicos mexicanos que hemos estado al tanto. No se puede ser pesimista, pero tampoco triunfalista. Se debe hacer una evaluación muy objetiva de la situación, hora tras hora, como en todos los casos de emergencia y contingencia; debe ser estratégicamente flexible como para generar certeza a la población y evitar el pánico. Y en este caso, como en muchos, la aceptación de las recomendaciones es la mejor forma de frenar el problema. Y se debe empezar por lo sencillo: el lavado frecuente de manos.

Por supuesto, en una enfermedad que se transmite por contacto, lo más importante es mantener el vehículo de contagio limpio, y ese vehículo generalmente son las manos. Las gotas provienen de nuestras vías respiratorias, y por ello usar pañuelos para estornudar y tirarlos en lugares adecuados, no escupir en la calle, limpiar rápido los utensilios de cocina y los platos es importante también. Utilizar el cubrebocas en sitios abiertos pudiera ser una exageración, pero no utilizarlos en sitios de mayor concurrencia sería verdaderamente negligente. Evitar acudir a sitios de alta concurrencia y visitar enfermos si no es imprescindible puede ser riesgoso e, incluso, nosotros podemos ser portadores del germen hacia nuestras casas, aun cuando el enfermo esté aislado. Por ello la recomendación de no acudir a lugares públicos, evitar aglomeraciones, el transporte público en lo posible, cerrar escuelas, etcétera. Las autoridades hacen lo suyo; nos toca a nosotros seguir las indicaciones para confrontar y vencer esta situación.

apleon@up.edu.mx

Médico infectólogo, investigador de tiempo completo de la Universidad Panamericana

